

reino comunista y teocrático en el Paraguay) tenía que entrar en conflicto con el Estado laico. La persecución de Pombal en el reino portugués fué horrorosa; aquel reformador era un tirano sin conciencia, y Voltaire lo castigó severamente; la de Francia lo fué menos; en España fué muy dura, y no paró hasta arrancar á un Papa débil el decreto de supresión de la Compañía (1773). Esta supresión, en América, fué fatal para el poder español; los jesuitas, entre quienes había humanistas admirables, dirigían casi absolutamente la educación de la sociedad criolla, que fué la que hizo después la independencia, y que quedó desorientada desde entonces y entregada á un clero profundamente corrompido, en el que los jesuitas eran una excepción (Alamán). En suma, la medida fué un acto de suprema tiranía; era fatal el conflicto, tenía que estallar, era una necesidad interna del absolutismo; mas también era fatal que la supresión de aquel obstáculo, abriese paso á las ideas que habían de disolver la monarquía (v., además de las Historias de España que hemos recomendado, á Ferrer del Río en su Vida de Carlos III, y, en sentido opuesto, la obra desbordante de talento y de pasión de Menendez Pelayo: *los Heterodoxos*).

Es el de Carlos III un reinado larguísimo; la pasión del soberano por la caza, pasión que le hacía poner en olvido los cuidados más graves del Estado y aun los domésticos, mantuvo largo tiempo su atlético vigor. El ministerio de Aranda, aragonés honrado, testarudo, volteriano y localista, presidió toda la negociación relativa á la extinción de los jesuitas, protegió cierta libertad en la prensa y dedicó al fomento de la instrucción laica ó regalista, digámoslo así, buena parte de los bienes confiscados á la Compañía; la franqueza extremada de los juicios y palabras del ministro, y la desavenencia que existía entre él y el embajador Grimaldi (que era partidario de la paz con Inglaterra), le obligaron á abandonar su puesto que ocupó su rival (1773). Las luchas en África se renovaron entonces, ya en Marruecos, ya en Argel, donde la fuerza española invasora sufrió un terrible descalabro; en 1777, el embajador en Roma, D. José Moñino, creado conde de Florida Blanca, entró al ministerio y desde luego afianzó la paz con Portugal; en seguida dió libertad al comercio de España con América y se preparó á tomar parte en la gran cuestión de la independencia de las Colonias inglesas, que Francia se decidió á apoyar, ofreciendo primero su mediación á Inglaterra y luego aliándose contra esta nación á la primera, emprendió en América y Europa, á un tiempo, una gran

lucha; hizo España esfuerzos gigantescos por apoderarse de Gibraltar, salvada por la destreza y la audacia de los marinos ingleses; en cambio recuperó á Menorca y obtuvo en la Florida algunas ventajas. En 1783 se celebró la paz de París; España se quedó con Menorca y la Florida y renovó á los ingleses el permiso de establecerse entre Honduras y Yucatán en el territorio de Wallix (Belice), cuyos límites se fijaron, tornándose á reconocer la soberanía de España; este fué un error; á pesar de las prohibiciones, aquella colonia inglesa debía ser necesariamente un foco de contrabando y un apoyo para las insurrecciones indígenas que ahí encontrarían de seguro el modo de armarse. En 1788 murió el rey, agobiado por pesares domésticos recientes y llorado por la nación entera; ni antes ni después ha tenido la casa de Borbón príncipe más notable.

Durante todo el reinado un viento de reforma había soplado sobre la Península; en Portugal, después de sus trágicas luchas con la nobleza y con el clero, Carvalho, luego marqués de Pombal, había logrado cortar de raíz algunos abusos y reparar en parte las espantosas ruinas causadas por el terremoto de Lisboa en 1755. Valga esto como circunstancia atenuante de su abominable tiranía, política, social y económica. Mucho más tranquila fué la reforma en España; el gran pensador inglés Buckle, reprocha á los consejeros de Carlos no haber creado un apoyo á estas reformas en la instrucción difundida en las clases populares tan supersticiosas; es cierto el hecho; el reproche parece infundado, si se tiene en cuenta la necesidad previa de crear un fuerte núcleo de ilustración que sirviera de foco de difusión á la reforma. Bastante se hizo en esta materia y gracias á las ideas dominantes, la Inquisición murió moralmente, hubo sed de aprender, se inició un verdadero renacimiento literario, adquirió favor el estudio de la economía nacional (la más notable producción de la escuela económica española es el *Informe sobre la ley Agraria* del insigne Jove Llanos), se procuró por medio de colonias aumentar la población del reino, se llevaron á cabo costosísimas obras de comunicación, se establecieron bancos, se crearon grandes instituciones de beneficencia y se ordenó y mejoró la administración pública. Fué un error, si se quiere, haber protegido la independencia americana, que de todos modos se hubiera realizado; mas era natural temer más á Inglaterra en la vecindad de las colonias, que á una nacionalidad rudimentaria como era la norte-americana. El plan del conde de Aranda, de emancipar la

América latina, creando monarquías gobernadas por príncipes españoles, hace honor á su penetración y debió haberse aceptado. Mas para ello se necesitaba tal audacia y el explotador español se oponía tanto, que no pasó, ni podía, de un sueño.

La administración de Carlos III en la América española, fué también reformista; los cuatro virreinos (Nueva España y Perú, y luego Nueva Granada erigido en 1739 y Buenos Aires en 1776) y las capitanías generales independientes de los virreyes, constituían, sin duda, una mejor distribución de las colonias; la creación de las intendencias, las reformas financieras, que se debieron á D. José de Galvez, visitador primero en América y después ministro de Indias, aumentaron los rendimientos, lo mismo que algunas medidas liberales parecieron iniciar una era mejor, más provechosa para España y las Colonias; mas no fué así; el indio siguió siendo siervo, el criollo abusando del indio y odiando al español, éste explotándolo todo, desde el virrey, que por regla general era un ladrón, hasta el último empleado; el comercio siguió monopolizado, la instrucción descuidada. Lo que sí se advertía era un vago deseo, difundido en las clases todas, de que las cosas no continuaran así.

INGLATERRA; SU IMPERIO COLONIAL.

1. Política interior; Walpole.—2. Política exterior; los tres Jorges; W. Pitt I.—3. La transformación.—4. La India.—5. La emancipación de la América inglesa; los Estados Unidos: Independencia y Constitución.

1. Los príncipes de la casa de Hanover, consumaron la obra iniciada en los tiempos de Cromwell, de convertir á Inglaterra en una potencia continental, digámoslo así, no por intermitencias, como lo había sido antes, sino permanentemente; esto provino del apego que los dos primeros Jorges tuvieron á su terruño de Hanover, subalternando á sus intereses alemanes, la política exterior del reino inglés, y, sobre todo, de la fuerza de expansión irresistible que empujaba al pueblo insular á buscar en el mundo entero mercados, dominios y colonias, para lo cual necesitaba reinar sobre el Océano; esta fué la grande obra exterior de Inglaterra en el siglo XVIII, obra que refluyó sobre su situación interior. El período que se abre con la Regencia en Francia, es un período de paz entre esta nación y la Isla. Como en Francia, la fiebre de especulación se apoderó de la sociedad entera y la *Compañía de los Mares del Sur*, dueña de enormes privilegios, despertó, aunque

en menor escala, las mismas ilusiones y causó los mismos desastres financieros que Law en el Continente. Para remediar estos males y en medio de la más espantosa excitación, un hombre diestro y previsor, Robert Walpole, se encargó del gobierno. Por medio de un despótico prestigio gobernó á un grupo que era dueño del partido whig, que lo era de la Cámara de los Comunes; así durante veinte años fué Walpole el verdadero rey de Inglaterra. Para mantener la mayoría, casi la unanimidad de los Comunes en su favor, recurrió á toda suerte de corrupciones; pronto cesó toda vida política y legislativa; la clase media, la *gentry*, se consagró al comercio, á la riqueza, á almacenar fuerzas para dominar al país y para conquistar el mundo extra-europeo; el progreso económico tomó un impulso irresistible en la paz y por la paz. Así el comercio de exportación y la densidad de la población aumentaron rápidamente; Bristol, Liverpool, como puertos, Manchester y Birmingham, como centros industriales, se transformaron en ciudades de primer orden. En 1727 se creyó que el ministro, que tenía un amor invencible al poder, caería, por el advenimiento de Jorge II, que iba á reinar treinta y tres años. Mas no fué así; á otras causas debió su caída Walpole, bastante tiempo después; ya, algunas de sus medidas financieras, que tendían á aumentar las impopulares contribuciones indirectas, habían suscitado una terrible oposición en el Parlamento, en la que comenzó á distinguirse el joven W. Pitt, por su vehemencia, su énfasis y su valor. Cuando amenazó la guerra de sucesión de Austria, Walpole quiso oponerse al entusiasmo con que las clases mercantiles querían tomar parte en ella contra Francia y España, para arrebatarle su marina á la una y su comercio colonial á la otra; pero no pudo, y, cosa rara, el cumplimiento de su predicción de que Inglaterra quedaría mal parada en la lucha, lo hizo más impopular todavía. Dimitió en 1742.

2. Entonces comenzó la política de guerra ansiosamente deseada por el rey, que en realidad fué el director exclusivo de ella. Un Stuart, el hijo de Jacobo II, había hecho infructuosamente la guerra al primer Jorge; ahora el nieto del rey destronado, Carlos-Eduardo (que debía morir tan tristemente convertido en alcohólico) aprovechando la lucha entre Inglaterra y Francia, sublevó en Escocia al partido jacobita y estuvo á punto de dominar á Inglaterra; mas vencido en Culloden (1746), huyó á Francia y el partido jacobita fué extinguido en sangre en las montañas escocesas. Los franceses, después de Fontenoy, en que

fué vencido el duque de Cumberland, hijo del rey, el mismo que venció luego al Stuart, seguían triunfando, como hemos visto, y al fin la paz quedó firmada en Aquisgram (1748). Era una tregua; el duelo marítimo y colonial quedaba pendiente entre las dos naciones, en la India y en América.

Pelham dirigía entretanto la política interior, no sin habilidad; pero la situación moral de Inglaterra era triste; no había patriotismo, ni ideales altos; el lucro, por cualquier medio, era la consigna nacional. El tratado de alianza entre el rey de Prusia y el de Inglaterra en 1755, fué la señal de la *guerra de siete años*, de que hemos hablado ya. En medio de la cólera que causaron en Inglaterra los primeros desastres (la pérdida de Menorca y la capitulación de Cumberland), tomó Pitt (después llamado lord Chatham) las riendas del gobierno, para acabar, decía, con ese enervamiento de la nación que la hacía temblar ante un amago de desembarque de 20,000 franceses. La oratoria de Pitt era una retórica ampulosa y soberbia; en medio de una sociedad escéptica, cortés y glacial por todo sentimiento noble, el gran *Commoner* (tribuno parlamentario), mostró tanto entusiasmo, tanta pasión por la patria y tanta confianza en sí mismo, que su oratoria teatral causaba inmenso efecto por su sinceridad y su seguridad. "Sé, decía en un raptó de orgullo, que puedo salvar al país, y que yo solo puedo hacerlo." A pesar de su popularidad ilimitada (su apoyo era el pueblo, porque su orgullo no le permitió formarse un círculo de amigos políticos), jamás aduló á las multitudes. Dejaba que su colega Newcastle corrompiera al Parlamento; él reinaba sobre la Asamblea por la alteza de sus miras, por su regia figura de orador y por su conciencia de ser el intérprete soberano del espíritu público. En el momento en que todos dudaban de la Patria, él exclamaba: "Sed un pueblo, olvidad todo, excepto el bien público; yo os doy el ejemplo." "Había entre Walpole y él, escribe Macaulay, la distancia que existe entre el éxito y la gloria." Pero este orador, todo pasión é imaginación poética, era un hombre de Estado; su política era la buena, como lo demostró el porvenir. Con la victoria de Plassey (1757) comenzó la dominación definitiva de Inglaterra en la India; las victorias de Rosbach y de Minden, ganadas sobre los franceses por Federico y Brunswick, imposibilitaron á Francia para socorrer sus colonias; la derrota de la escuadra francesa en Quiberon (1759), salvó á Inglaterra de toda tentativa de desembarque; la muerte de Montcalm, la toma de

Quebec y Montreal en 1760, pusieron fin al ensueño de un imperio francés en América; desgraciadamente para los ingleses, en ese mismo triunfo comenzaba la historia de los Estados Unidos. En 1760, Jorge III reemplazó á su abuelo en el trono; este rey era ya un inglés; pero era un hombre decidido á reinar personalmente, y esto con Pitt era imposible. Se formó un partido de la paz, enemigo del gran ministro, y cuyo jefe fué Bute, favorito del rey; Pitt dimitió, y aunque continuó la guerra, España, que se había aliado á Francia, fué terriblemente castigada; la paz se firmó al fin en París en 1763. Pitt, que quería ver á Francia, según decía, no ya arrodillada, sino revolcándose en el polvo, protestó contra ella, pero en vano (v. *Lecky*. Historia de Inglaterra en el siglo XVIII, y las Historias de Green y Macaulay).

8. Un trabajo íntimo y de trascendencia incalculable minaba entretanto, en sus entrañas mismas, á la sociedad inglesa; trabajo cuyos resultados apenas presentían los políticos y que sólo ha podido medirse por sus consecuencias: la sociedad creada por la revolución del siglo XVII se convirtió, durante el siglo XVIII, en dueña absoluta y exclusiva del poder y la fortuna de la nación; el inmenso grupo social excluido, se transforma, por medio de la industria, y al fin del siglo y en el nuestro, forma una especie de nación aparte, que surge hoy ante la otra, resuelta á disputarle el poder. El siglo que viene verá la solución del problema. Este es el fenómeno que hemos llamado: la transformación; sigámoslo muy someramente en su evolución (v. *Boutmy*: Desenvolvimiento de la Constitución inglesa).

La transformación no fué solamente política, como las revoluciones del siglo anterior, sino social, de aquí su mayor importancia. Consistió en un cambio profundo en la propiedad territorial, tan vasto como el que trasladó, durante la Revolución francesa, esa propiedad, de las manos de algunos á las de una multitud, pero en sentido inverso; porque en Inglaterra, lo que se constituyó en la segunda mitad de la anterior centuria, fué una nueva aristocracia agraria en toda la fuerza de la expresión. Inglaterra, antes de la dinastía de Hannover, se encontraba en plena inferioridad industrial y colonial, respecto de los países atlánticos. Era un país agrícola y pastoril y los jefes de las familias de propietarios rurales, formaron la nobleza nueva, que se enriqueció con los despojos de los feudales y de la iglesia y subió á la Cámara de los Pares. En esa alta clase rural se fundieron los restos de la antigua nobleza, en ella se concentraron todas las funciones, á ella pertenecieron todos los privilegios, y todas las personas distinguidas, con tal de ser ricos, á ella pertenecieron; esta clase superior se llamó, *la Gentry*. Debajo estaban los *yeomen*, pequeños propietarios rurales que podían, si aumentaban sus rentas, pasar á la otra clase, y que eran en realidad la clase media rural; más abajo estaban los colonos y trabajadores del campo, sin derechos políticos. Los *yeomen* formaron el ejército

de la primera revolución política, que dividió á la gentry en dos campos; ellos arrojaron á los Stuarts. Antes del siglo XVIII las tres clases parecían continuarse; no había más división que el movable lindero de la riqueza. Mas ya hemos visto, hablando del establecimiento de las colonias inglesas, que los síntomas de una revolución en la propiedad agrícola, que la extensión de los campos pastales y su clausura, había arrojado á los yeomen rumbo á las colonias, en busca de tierra y de libertad. Poco á poco el cultivador de la clase media, por imposibilidad de luchar con el gran propietario, vendió su terruño y desapareció en la ciudad ó en la colonia; la gentry entonces se constituyó en aristocracia exclusiva y se repartió entre algunos millares de *gentlemen* la propiedad del suelo inglés; al mediar el siglo XVIII esta revolución estaba consumada. De modo que Inglaterra ha pasado de una aristocracia feudal, á una sociedad semi-democrática y de ésta á una acristocracia territorial absoluta.

Esta aristocracia se constituyó íntimamente de un modo singular; para no decaer mantuvo unida en una sola persona la propiedad entera de cada familia y el padre se constituyó en una especie de usufructuario de los bienes del hijo nacido ó por nacer, lo que equivalía á la amortización de la riqueza rural. Monopolizó las funciones en los condados; sus miembros ejercieron todas las magistraturas locales, por regla general honradamente, y por el alto nivel del censo que confería derechos políticos y por la posesión de *burgos* electorales, compusieron á su arbitrio el Parlamento. Ellos fundaron la forma definitiva del régimen parlamentario; de aquí los tropiezos de este régimen cuando funciona en países democráticos; sólo ellos podían constituir dos partidos, dentro de una sola clase, que perfectamente organizados para la lucha y para el gobierno á un tiempo, se turnasen, sin disminución de la prerrogativa regia, al frente del poder; este prodigio de disciplina y de orden, es imposible en la diseminación de opiniones que resulta de toda organización democrática. Hoy todavía las dos terceras partes del territorio inglés se lo reparten menos de once mil personas, menos de cuatrocientas el escocés y menos de dos mil el irlandés. Un riguroso sistema protector (derechos altos á la importación y primas á la exportación) acabó de fortificar el privilegio de la clase rural.

El enemigo apareció en el interior, pero formidable: la población industrial. En la segunda mitad del siglo XVIII se inventaron algunas importantes mejoras en las máquinas de tejidos; Watt sacó su patente de invención de motores de vapor y las minas de carbón empezaron á explotarse en gran escala; se ha calculado que el rendimiento anual de las hulleras, convertido en trabajo, se expresa por la misma cifra que el producto de 18 millones de hectáreas empleadas en alimentar caballos, ó de 126 millones empleadas en alimentar obreros; era pues como la acesión de un territorio inmenso y en plena producción, al viejo territorio agrícola, y esta nueva Inglaterra traía su población que aumentaba con rapidez prodigiosa, mientras la agrícola ó se estacionaba ó decrecía. El equilibrio iba á romperse y nuestro siglo ha visto la pre-

ponderancia de la clase industrial y la retirada de la oligarquía de concesión en concesión hasta el socialismo agrario, la intervención del Estado en mil ramos de que la *gentry* lo había excluido y la dominación absoluta de la democracia industrial brotada como un organismo artificial al calor de esas grandes incubadoras que se llaman los centros fabriles y mineros.

4. En el Hindostán lucharon las dos Compañías de las Indias Orientales, la inglesa y la francesa. Al servicio de esta última, Dupleix puso una inmensa energía; mezclóse á las querellas de los *rayahs* ó soberanos indígenas y estuvo á punto de crear un gran imperio indico para Francia; pero abandonado, mientras su rival el inglés Clive recibía un inmenso apoyo en la opinión pública, se retiró y su sucesor Lally Tollendal, á pesar de su bravura, tuvo que sucumbir ante los ingleses que quedaron dueños del imperio. En el Canadá sucedió igual cosa; los franceses, ya lo vimos, habían encerrado en una red de fuertes colonias á los anglo-americanos por los valles del San Lorenzo, del Ohio y del Missisipi; la fuerza de expansión de los colonos ingleses los obligó á romper esta barrera y las milicias coloniales, entre cuyos coroneles estaba el joven Jorge Washington, aprendieron así el oficio de la guerra. La toma de Louisbourg (hoy Pittsburg) y la de Quebec, en que Woll y Montcalm combatieron heroicamente y sucumbieron, marcaron los dos puntos culminantes de la conquista inglesa, sancionada por el tratado de Paris.

5. La emancipación de las colonias inglesas, es uno de los acontecimientos más trascendentales en la historia del mundo moderno, no sólo porque de ella data el desenvolvimiento de un organismo prodigioso que pesará formidablemente en la balanza del porvenir, sino porque este desenvolvimiento se ha verificado bajo los auspicios del más gigantesco ensayo de aclimatación de las formas parlamentarias en una sociedad democrática. El germen de la emancipación estaba en la robustez misma de la constitución de las colonias, que aunque desgranándose en sus bordes por la proyección constante de grupos coloniales que se dirigían al Oeste, presentaban núcleos suficientemente compactos, sobre todo en Massachussets y Virginia, para hacer uso de la virilidad adquirida en el ejercicio de la libertad y del *self-government*. Mas las causas determinantes del movimiento fueron la poca necesidad que las colonias tenían de la Metrópoli, desde que quedó suprimida la amenaza de una Francia americana y la política del rey Jorge III, que se había resuelto á gobernar como señor absoluto, dentro de las formas parlamentarias y hacer un todo coherente de Inglaterra y su imperio colonial. Ninguna de ambas cosas logró; no la primera, porque aunque logró deshacerse de los ministros que sabían y querían gobernar, como Chatham, y aunque obtuvo un Parlamento

sumiso y corrompido como ninguno, que no era la representación del país, sino de menos de trescientos mil electores, es decir, de la *gentry*, por fuera del Parlamento la prensa y los *meetings* comenzaron á dar voz á la opinión pública (entonces se fundaron el *Times* el *Morning Post*, etc.) y á pesar de las tenaces persecuciones á periodistas como Wilkes, la opinión deshizo ministerios y planteó el problema de la reforma parlamentaria.

Jorge decidió, que puesto que buena parte de la deuda contraída en la guerra, se había invertido en la defensa de las colonias, era justo que éstas contribuyesen á su pago; hasta entonces las colonias no habían estado sujetas á impuestos de la metrópoli; ésta se contentaba con monopolizar el comercio, monopolio muy atenuado con un sistema de contrabando organizado en vastísima escala. La contribución inventada por Jorge y su ministro Grenville fué un timbre (un papel sellado como se decía en España). Esto pasaba en 1765; la protesta fué general en las Colonias; oligárquicas ó democráticas, puritanas ó anglicanas, todas ellas tenían sus Asambleas, todas protestaron. Massachussets llevó la voz; ahí la gente ilustrada abundaba; la masa de la población era alfabética y superior á la inglesa. "En cada ciudad, decía un documento célebre, en que gracias al Señor, se haya llegado á edificar 50 casas, se pondrá una aparte, para enseñar á los niños á leer y escribir; cuando sean cien las casas, se fundará una escuela secundaria." El gran Estado puritano resumió así la protesta general: "Las prohibiciones comerciales no son ni justas ni equitativas; mas el derecho de un pueblo de imponerse á sí mismo los tributos, es la base de las libertades inglesas; negado este derecho, toda libertad está perdida." Un sabio de fama europea, Benjamín Franklin, impresor en Filadelfia, llevó la protesta á Londres; ahí encontró el apoyo resuelto de W. Pitt; mas la contribución se decretó, á pesar de todo y á este decreto respondieron las colonias enviando sus delegados á una Asamblea general, primer momento en que la futura federación americana adquirió la conciencia de sí misma. El partido realista los declaró rebeldes, Pitt sostuvo que usaban de su derecho y con Pitt, un joven orador, que unió á la elocuencia, la filosofía política, Burke.

La ley del timbre fué derogada al fin, pero previa la afirmación del derecho absoluto del Parlamento sobre las colonias en todos los casos, sin excepción. La colonias unidas esperaron y la lucha entre el Parlamento oligárquico y la prensa continuó en Inglaterra, á medida que

el rey conquistaba más y más un poder excesivo sobre el país.—En 1773 un cargamento de té llegó á Boston y como Massachussets continuaba en plena hostilidad mercantil con Inglaterra, hubo un motín en la ciudad y el cargamento fué destruido; esto causó indecible indignación en la mayoría del Parlamento; el puerto de Boston fué clausurado; la carta de la colonia modificada; se revistió de facultades dictatoriales al gobernador y se le enviaron tropas. En vano Chatham y Burke trataron de conciliar; el Parlamento se obstinó, las colonias, haciendo causa común, armaron sus milicias y comenzó la guerra. Al año siguiente (1776), reunidos en Congreso en Filadelfia, los representantes de los colonias, firmaron una declaración que comenzaba así: "Nosotros, los representantes de los Estados Unidos reunidos en Congreso, ante Dios, nuestro Juez Supremo, que ve la rectitud de nuestras intenciones, declaramos y publicamos solemnemente, que estas colonias unidas son y tienen el derecho de ser Estados libres é independientes."—Un ciudadano y un soldado, gran soldado, porque era un gran ciudadano, Jorge Washington, hombre immaculado, encarnación del patriotismo y del deber, de esos que nacen de tiempo en tiempo para honrar á la humanidad entera, recibió el mando de las milicias y la guerra ya iniciada comenzó. Duró ocho años; hubo reveses y victorias; las últimas se lograron gracias al auxilio de Francia, que empezó por dejar partir un grupo de nobles enamorados de las nuevas ideas, entre los que descuella Laffayette y acabó por enviar sus soldados y sus flotas. Vencida Inglaterra, reconoció la Independencia en 1785. Sus escuadras se habían conservado dueñas del mar. Hastings organizaba el inmenso imperio índico; el continente del Oceano austral se abría á sus navegantes y mercaderes, y su comercio con la nueva nación emancipada, crecía sin cesar después de la Independencia. Entretanto los Estados Unidos constituidos en Confederación en plena guerra, modificaban este régimen, y comprendiendo cuán necesario era, manteniendo la libertad de los Estados (que se habían unido para conservarla) apretar el lazo nacional, que en un pueblo que por su situación en un inmenso territorio despoblado hacia el cual los colonos se sentían atraídos sin cesar, era una necesidad ingente, se dió en 1786 una Carta Federal, vástago postrero de la *Carta Magna* del siglo XIII, trasplantado del mundo feudal al democrático y en que las tradiciones inglesas y los hábitos coloniales y algunas de las ideas filosóficas que estaban en la atmósfera del siglo, formaron el Cuerpo político más no-

table que ha aparecido en la historia humana (v. *Baneroft*. Historia de los Estados Unidos, 2ª edición. Existe una traducción francesa de la primera).

EL ANTIGUO RÉGIMEN.

1. El Gobierno y las clases.—2. Las Ideas.—3. La Sociedad.—4. Los Reformadores.
5. Luis XVI.

1. Mientras en Inglaterra se extremaba la constitución oligárquica, pero previniendo, en la inviolabilidad de las formas del gobierno libre, el remedio del mal, en Francia se precipitaba la disolución del absolutismo. Un hombre, el rey de Francia, ha sido, ya lo hemos visto, el personaje más visible en la construcción de la Patria francesa, que era suya, su reino, su familia y su propiedad, en el sentido romano de estos dos vocablos equivalentes; y como esta obra revela desde sus comienzos el designio de Dios y como los monarcas primeros fueron obra de la Iglesia, el derecho del supremo propietario de Francia, es divino. Hemos visto cómo se ha formado, como una deducción forzosa de tal principio, el absolutismo, creación de todos, organización de Richelieu y Luis XIV. "En mi persona sola reside la autoridad soberana; á mí solo pertenece el poder legislativo sin dependencia é indiviso; el orden público por entero dimana de mí; soy su guardián supremo. Mi pueblo está unimismado conmigo; los derechos y los intereses de la nación, que algunos son osados á considerar como cuerpo separado del monarca, están necesariamente unidos á los míos y descansan unicamente en mis manos." Así quedaba formulado el absolutismo ya en agonía, por Luis XV; y efectivamente, ni Estados Generales, ni Estados provinciales, como no fuese para distribuir el tributo, ni nobleza, que se ha convertido en cortesana, ni clero, que se ha transformado en un gran servicio del monarca, ni Parlamentos, castigados y callados á la menor protesta, nada se opone á éste; interviene hasta en el último rincón del país, por medio de sus intendentes y subdelegados, tiene cerca de cien millones de pesos de renta; es todo. Este señor absoluto se ha encargado de disolver su absolutismo; su autoridad, fundada en una larguísima y veneranda tradición, se ha vuelto, en manos de las mujercuelas, sus favoritas, un hecho profundamente

despreciable. El servicio que ha prestado á la nación, unificándola y creándola, queda casi nulificado con la humillación en el campo de batalla, con la bancarrota y el robo de la fortuna pública convertidos de reinado en reinado en régimen financiero, con el agotamiento de las fuentes de la riqueza nacional, con el abuso perpetuo de la autoridad contra el ciudadano. El absolutismo sólo vivía como se mueve una máquina, en virtud del impulso primero; pero el mecanismo estaba todo dislocado y el rozamiento paralizaba el tren; era ya inútil, no llevaría su cargamento á su destino. Dos carriles le servían para recorrer el tiempo: el clero y la nobleza. Estas dos instituciones, ya lo hemos visto en el trascurso de esta historia, habían tenido su objeto importantísimo en la evolución medio-eval: el clero había disciplinado al mundo bárbaro por el espíritu, disciplina suprema; la nobleza, organizando y protegiendo pequeñas fracciones del territorio, cuando la cohesión era insuficiente para hacer eficaz una autoridad central y general, impidió la disolución social por largos siglos después de las invasiones y facilitó inconscientemente la obra de la realeza; estos eran sus servicios. El absolutismo había puesto á estos dos elementos del Estado en condiciones de no poder prestarlos ya; todo lo había absorbido. Mas quitándoles la substancia de la prerrogativa política, les dejó el lado odioso de su papel, el de propietarios; el feudalismo político había muerto, pero aún vivía el feudalismo social; aún pesaba sobre la sociedad rural con una porción de pequeños impuestos reales y personales; el derecho consuetudinario los autorizaba, en su complicada diversidad, en todo el territorio; la Iglesia aun contribuía á la agonía prolongada de la agricultura, con el diezmo; y sobre todas estas vejaciones infinitas á la pequeña propiedad y al miserable haber de los hombres de trabajo, pesaban los tributos generales, los del rey. Estos privilegiados eran un grupo corto ya en la nación; 25,000 ó 30,000 familias nobles; 23,000 religiosos en 2,500 monasterios; 37,000 religiosas en 1,500 conventos; 60,000 curas ó vicarios en sus sendas iglesias; en conjunto no llegaban á 300,000 por más de veinte millones de habitantes. Estos eran los privilegiados; la señal más grave del privilegio consistía en que, de hecho ó de derecho, poseyendo grandes riquezas territoriales, estaban exceptuados de la talla y la capitación, que sólo los plebeyos reportaban.

La burguesía, el estado llano, el *Tiers-Etat*, que dicen los franceses, las clases medias ó clases directrices, como se han llamado en nuestro

tiempo, formadas, crecidas y educadas en las antiguas comunas, en las ciudades reales, sobre todo, y que bajo el nivel de la monarquía que dobló todas las cabezas, quedó constituida en clase, ya que no pudo seguir existiendo como institución, la burguesía al reaparecer se cree ya, y no sin fundamento, la verdadera dueña del país; el comercio la había enriquecido; la monarquía, cuya deuda había crecido en rapidísima progresión, y la grandeza, eran sus deudoras; la educación la había constituido en aristocracia intelectual; á ella pertenecían los sabios, los literatos, los artistas. La afición, general entonces, por las investigaciones económicas, el deseo de obtener garantías para sus créditos contra los poderes públicos, había dado una forma concreta para la clase media, á la necesidad de emancipación y de cambio que saturaba, digámoslo así, el medio ambiente; el núcleo pensador del Tiers-Etat quería una constitución, mas una constitución cuyo autor fuese él, porque él y el pueblo formaban, en teoría, una sola clase, cuyo sentimiento era el odio inextinguible á los privilegios nobiliarios y cuyas aspiraciones condensaba Sieyès en estas palabras: "¿Qué cosa es el Estado llano? Todo. ¿Qué ha sido en el orden político? Nada."

El pueblo azotado por la miseria, el hambre y la peste, imposibilitado de llegar al ahorro, al capital, á la independencia, por la gabela, el diezmo, la capitación y la talla, que lo trituraban sobre el surco del campo, en el fondo de su choza ó su caverna, el pueblo, si era la gran masa de la nación, su vida era animal, su inteligencia sólo se ponía en ejercicio para violar los aborrecidos privilegios de caza ó para huir del ojo del fisco, presente en todas partes. Por millones habían muerto los plebeyos, de miseria y abandono, durante el siglo y su situación, á pesar de la bondad relativa que reinó en todas las relaciones sociales, en vísperas de la Revolución, ha empeorado con todo el rezago de miseria y de pena, acumulado sobre aquellas cabezas humanas por la más espantosa de las opresiones administrativas; una sola cosecha perdida deja sin pan á una provincia y la despuebla; un mes de frío obliga al campesino á quemar sus muebles y sus frutales; la mayor parte del territorio yace eriazó é improductivo, porque los brazos son muy débiles y el producto queda repartido entre el colector del diezmo, el del impuesto y el del señor; inmensas legiones de vagabundos acechan las poblaciones y van errantes por los campos; cuando el pueblo alza la mano es para pedir limosna al rey; el rey es bueno cuando se llama Luis XVI, mas no puede dar limosna; toda su bolsa, que es el erario públi-

co, la vacía en manos de los nobles insaciables; entonces aquí y ahí estallan motines espantosos, precursores de la gran tormenta. Queda al absolutismo la fuerza; mas esa fuerza está minada por las ideas nuevas, por el odio á sus oficiales, por los terribles abusos de los que explotan al soldado y deprimen al oficial inferior; el ejército quedará disuelto en manos del monarca en la hora del conflicto supremo. En suma, educado el pueblo para un oficio puramente animal, ese animal se siente fiero, y un día notará que la argolla de fierro que lo mantenía pegado al suelo se ha enmohecido y gastado, ese día el león recibirá de los filósofos políticos una corona de soberano, será el rey y quedará en libertad (v. *Taine*: El Antiguo Régimen).

2. LAS LETRAS.—A la espantosa convulsión que puso fin á la pasada centuria, precedió un extraordinario movimiento de ideas que creó un estado de ánimo especial; sólo la efervescencia intelectual que precedió á la Reforma puede comparársele; la literatura hizo, entonces como ahora, un papel inmenso, fué el vehículo por excelencia de las ondas mentales; por su cauce clásico y correcto, corrió un río de pensamiento y de sentimiento, de genio y de pasión, de cólera y de amor, de frivolidad y de ciencia, de sarcasmo y de piedad humana. Refiriéndonos á la literatura propiamente dicha, mencionaremos los nombres superiores y marcaremos el carácter general.—*Poetas*. Son incontables los poetas del medio siglo que precedió á la Revolución; muchos de ellos supieron componer á la perfección; algunos solían tocar las cimas del arte; por regla general se detenían en la atmósfera del ingenio (del *esprit* que dicen los franceses), del sentimentalismo, de la obscenidad graciosa y refinada, no los nombraremos. Voltaire, que en todas las manifestaciones de la inteligencia de esa época ocupa un solio, por derecho de talento, elaboró muchísimos versos, mas ni su poema acompasado y frío (*La Henriada*), ni el crimen de francés y de poeta cometido contra la santa *Pucelle*, Juana Darc, ni sus grandes tragedias declamatorias, aunque con arte peregrino forjadas, le dan derecho á ser considerado como gran poeta. El único que así puede llamarse, fué un artista de ocaso, si no de decadencia, Andrés Chenier. Heleno de educación y de sangre, era espontáneamente, no por erudición ni esfuerzo, un poeta griego en francés, "el poeta clásico francés después de Racine," dice Sainte Beuve. Toda la antigüedad poética, Homero lo mismo que Teócrito, Cátulo lo mismo que Juvenal, resucitan en la forma irreprochable de su lengua métrica. Su amor helénico á la libertad lo llevó al cadalso, dejando de su odio á la tiranía demagógica, rastros maravillosos en sus candentes versos. Si no fuera por Chenier, la literatura francesa que en aquella época inspiraba todo el movimiento literario, no podría oponer ningún nombre superior á Pope, el admirable poeta de segundo orden en Inglaterra y á Young y Gray; ni á algunos de la gloriosa pléyade de los salmantinos en España, que después

de la enseñanza y el ejemplo de Luzán, despertaron de su letargo á las musas españolas. Ni tampoco podría oponer nada á Italia; Metastasio es el nombre que descuella entre una legión de poetas pastoriles; sus versos, su música, podría decirse, casi siempre hechos para ser cantados, casi siempre libretos de ópera, mostraron todo el maravilloso carácter melódico de la lengua italiana. Con Parini despertó el gusto por la poesía natural y comenzó un movimiento que debía terminar en la aurora de la edad contemporánea con nombres como los del dramaturgo Alfieri y los grandes líricos Manzoni y Leopardi, éste, el poeta italiano que llegó tan alto en la tristeza y la desesperanza como Dante y Petrarca, en la fe y en la confianza cristiana. Los poetas alemanes, tan odiados de Federico II, formaban ya un grupo aparte; ya Klopstock había creado la poesía nacional en su *Messiada* y la había emancipado de la influencia francesa rebautizándola en las fuentes mismas de los *niebelungen*; Lessing, funda el drama trágico alemán y la crítica filosófica en literatura; Gessner, traza en sus idilios (encanto luego de Robespierre) una humanidad de ideal inocencia, y Wieland, renueva la afición, pero libre y sin vasallaje, á la poesía francesa. En fin, Goethe y Schiller, dos grandes poetas humanos, aunque alemanes, muestran, sobre todo el primero que es á Alemania lo que á Italia el Dante, cuanto había de recóndita y serena poesía en una lengua y en un espíritu que muchos habían creído refractarios á la cultura superior.—*Prosistas*. Voltaire domina; su espíritu es eminentemente prosaico, es por la vivacidad inagotable y la claridad absoluta, el primero de los escritores franceses; es decir, es el buen sentido, en la más amplia y mejor acepción de los vocablos. Era la prosa de aquel tiempo, no ya augusta, aun en su misma gracia, como en el siglo XVII, sino pasmosamente flexible y apta para traducir todo sentimiento del alma, toda aspiración de la mente. Poca imaginación, poco ensueño, poca fantasía; nada de horizontes indefinidos, ni de nerviosas inquietudes; pero mucho calor, mucho sentimiento al fin, y elegante hasta en la melancolía y en la reproducción de los arranques de la pasión ó en las traducciones artísticas de la naturaleza. Voltaire, es el Crítico, por curiosidad y por deseo insaciable de emancipación; de aquí su odio á lo que sujeta más, á la religión y á la religión en la forma que tenía más á la vista, en la de cristianismo, cuyo perseguidor implacable y sarcástico fué toda su vida. Buffon, el del estilo incomparable aplicado á la revelación de la naturaleza; Diderot, demolidor del pasado, adivinador del porvenir, declamador y dramaturgo de mal gusto y genial por relámpagos continuos, le siguen. Toda esta República de las letras estaba dividida en banderías que batallaban frenéticamente entre sí, cruzándose toda suerte de acusaciones ó invectivas mortales, preludio de los odios entre las facciones en las Asambleas revolucionarias. Uno de estos odios fué el de Voltaire por Rousseau, que le igualaba ó le superaba por la influencia literaria de sus novelas y sus recuerdos (la nueva Eloisa, las Confesiones) y por la social, política y filosófica de sus libros (el Contrato Social, el Emílio). Juan Jacobo Rousseau, por su estilo lleno de emoción y de elocuencia

inagotable, mas no fatigante, porque siempre es caliente y vívida, renovó el estilo y la lengua francesa; Bernardino de St. Pierre, Chateaubriand y su escuela, son sus herederos; él encontró las grandes armonías de la naturaleza y de la frase. Todo su siglo vibró con su palabra; sofista, cínico, predicador, narrador, poeta, era en todo un hombre; por eso fué más amado ú odiado que nadie; por eso influyó tanto. Por su "Contrato" fué el legislador de la Revolución; por sus ideas morales suscitó filósofos de la talla de Kant y de Herder, el verdadero fundador de la filosofía de la Historia. Nadie hizo sentir ni errar más en el siglo XVIII que Juan Jacobo; murió misántropo, vivió miserable; todo él era *pueblo* y pasión.—Taine ha hecho palpar, por ingeniosísimo análisis, el defecto general de esta literatura; el insigne filósofo francés lo llama: el espíritu clásico. Subordinar el fondo á la forma; sujetar toda idea y todo movimiento del ánimo á la manera correcta, regular y noble de decir, esta es la primera manifestación del espíritu clásico, nacido en el siglo XVII y predominante en toda la Europa culta. Consecuencia: disminución del vocabulario, selección de las frases, reducción de la ideología á las ideas generales ó abstractas. Consecuencia: la mente se educa en las abstracciones; esta tendencia se transmite y todo en la naturaleza y en los hombres se reduce á abstracción; sólo se ven en las cosas los puntos de contacto, propias para generalizar, y se descuidan las diferencias y diversidades.

LAS CIENCIAS.—En el siglo XVIII, la ciencia fué una moda; ocupó en los salones, en los retretes, un puesto de honor; las más elegantes señoras dividían entre el tocador, la conversación y el teatro ó el anfiteatro su vida entera. Los reyes la protegían: Federico II, en las personas de Maupertuis, Dalembert, Bernouilli, Lagrange; Jorge III, en la de Herschell, etc. Y todos los pensadores, todos los filósofos eran sabios; Voltaire, Diderot, Montesquieu, Rousseau, se ocupan en la Física y la Historia Natural; los viajes y exploraciones científicas se multiplican; en fin, todos tienen la intuición ó la conciencia de que la humanidad ha encontrado en la ciencia la única fuerza capaz de igualar en resultados á la religión. La *Matemática* continúa su evolución, gracias á los trabajos de Euler, Dalembert, Clairault, Taylor, Maclaurin, y al fin del siglo á los estudios no menos importantes de Lagrange, Monge, Laplace, que á un tiempo perfeccionaron la matemática abstracta y la concreta ó mecánica, en sus diversas ramas. La *Astronomía*, reducida á un problema de mecánica por los grandes matemáticos del siglo anterior, revelaba por medio del cálculo y la observación todas las consecuencias de la ley primordial; Herschell, merced á sus medios inusitados de inspección estelar, retira los linderos de nuestro sistema descubriendo á Urano, abre el campo inmenso de la astronomía ultraplanetaria ó sideral y comienzan á precisarse los elementos de las deficientes quizás, pero grandiosas cosmogonías de Kant y, sobre todo, de Laplace. La *Física*, constituida también en el siglo anterior, gracias también á la observación y al cálculo, entra en la vía de los progresos positivos é indefinidos, enriquece las leyes matemáticas de las propiedades de los cuerpos y queda reve-

lada, por experiencias que entonces parecieron prodigiosas, en manos de Franklin, Coulomb y otros, la gigantesca importancia de la electricidad. Mas la ciencia constituida en el siglo XVIII, es la *Química*; como los grandes mecanistas habían constituido la astronomía y la física, los grandes físicos constituyeron la nueva ciencia; aún dominaban las nociones alejandrinas de los cuatro elementos componentes de los cuerpos, error fundamental de las teorías sobre transmutación de metales; aún se creía que todo gas era aire puro ó mezclado á una substancia no gaseosa y aun señoreaba las investigaciones de los físicos la reciente teoría de Stahl, que para explicar los fenómenos de la combustión y de la calcinación de los metales, había inventado una substancia que se adhería ó se desprendía de los cuerpos y que llamaba *flogístico*, cuando los trabajos de Black demostraron la existencia del ácido carbónico y Cavendish encontró la del hidrógeno, Priestley la del oxígeno y el ázoe, Lavoissier la del óxido de carbono y la del cloro Schele; esto fué una revolución en el tercer cuarto del siglo. Lavoissier (que á consecuencia de sus doctrinas fué quemado en efigie en Berlín, antes de ser guillotinado en París á consecuencia de la imbecilidad terrorista), por una serie de aplicaciones del método de experimentación más riguroso, estableció la complejidad del aire, el carácter verdadero de la combustión, llegó de un modo empírico á la noción de los cuerpos simples, estableció con Foureroy y Berthollet las bases de la nomenclatura nueva, limitó el campo de los fenómenos químicos, para distinguirlos de los físicos é inauguró con Laplace, por medio de la balanza y el calorímetro, la termoquímica. Así quedó instaurada una nueva ciencia fundamental que tomó su lugar en la serie después de la Física: de los trabajos de Lavoissier datan sus maravillosos progresos. La *Historia Natural* siguió reuniendo datos para constituir ciencias concretas como la Geología, determinando por la observación directa la figura de la Tierra, midiéndola, explorándola, infiriendo su fluidez primitiva, la existencia del fuego geocéntrico, el origen de las rocas, la antigüedad de la vida y entreviendo con Buffon, Diderot y, sobre todo, Lamarck, la sucesión de las especies; la mineralogía avanza con Romé y Haüy y los estudios de Lineo, de Jussieu, sobre clasificaciones y nomenclatura botánicas, de Grew, sobre los sexos vegetales, de Lavoissier, Reaumur y Spallanzani y otros sobre la digestión, la generación, los actos reflejos; los trabajos entomológicos, etc., aglomeran los elementos de una futura ciencia fundamental, la *Biología*, la ciencia de la vida, obra de nuestro siglo (á pesar del admirable trabajo de Lavoissier sobre la respiración), como después de ella lo serían completando la serie, la *Psicología* ó ciencia del fenómeno mental, y la *Sociología*, ciencia del fenómeno social.

Las aplicaciones de la ciencia comienzan á mostrar su incalculable trascendencia práctica, destinada á transformar la humanidad; los aeróstatos de los Mongolfier, pronto perfeccionados, permiten el estudio directo de las altas capas atmosféricas á los audaces navegantes del cielo; Watt construye sus máquinas de vapor destinadas á centuplicar la fuerza industrial y á transformar

las condiciones económicas del mundo; la electricidad, diversión á la moda, en la segunda mitad del siglo, desde el descubrimiento de la máquina eléctrica y la *botella de Leyde*, produjo en manos de Franklin el *pararrayo* y poco faltó para que el telégrafo dotara desde entonces al organismo social de su sistema nervioso; la ciencia nueva, la química, apenas en mantillas, mostró su poder industrial con el perfeccionamiento de la pólvora, la fabricación del salitre, el blanqueo de las telas, etc.—A pesar de las teorías del animismo y del vitalismo, el conocimiento del organismo, el descubrimiento de la composición de sus elementos, hizo adelantar al arte medical, como la química transformó la Farmacología. Mas los tributos mejores de aquel siglo á los esfuerzos destinados á conservar la vida, fueron: la propagación de la *patata*, considerada antes como alimento para las bestias y que Parmentier hizo subir al puesto de alimento de primera necesidad para el pobre, generalizó su cultivo, y la *vacuna*. El sistema de inoculación del pus varioloso para preservarse de la viruela, era muy usado en Oriente y ya se había introducido en Europa, cuando Jenner suprimió los inconvenientes del sistema, descubriendo los mismos caracteres profilácticos en el pus de las vacas; si se tiene en cuenta los espantosos estragos que hacía la viruela entonces todavía, se comprenderá la importancia de este descubrimiento redentor que mereció las bendiciones de todos y los versos de Quintana.

Una inmensa curiosidad, propia del espíritu humano, sobreexcitada hasta el paroxismo por los descubrimientos, recorrió todos los campos del conocimiento y en todos dejó honda huella. En las que acostumbramos llamar ciencias morales, produjo resultados de incalculable trascendencia; en Bayle, que en su diccionario sembró con el más sereno y más implacable escepticismo la duda sobre todas las cuestiones religiosas, filosóficas é históricas, tuvo su maestro aquel siglo descreído; la filosofía de la historia y la filosofía política, tuvieron sus representantes más conspicuos en Montesquieu y Voltaire; el primero en su "Grandeza y decadencia de los romanos," revela toda su adoración de la antigüedad latina y penetra profundamente en los resortes ocultos de la evolución de la república al imperio; esta obra suscitó una especie de amor platónico por las instituciones republicanas *fundadas en la virtud*, entre los futuros maestros de la Revolución; en su segunda obra, "el Espíritu de las leyes," se muestra más filósofo, abraza todos los tiempos y las naciones y presenta en las condiciones físicas y hereditarias de cada grupo humano la explicación de sus costumbres legales; mas á pesar de encontrarlo todo sometido á leyes naturales, pone de manifiesto la parte de la razón y la voluntad, es decir, de la libertad, en la determinación del destino de las naciones. De las obras de Montesquieu se hicieron aplicaciones fecundas; cuando sonó la hora magna de las reformas, al abrirse la Revolución, la aristocracia fundó en Montesquieu su empeño en reformar la monarquía, volviéndola á sus instituciones originarias y limitando el despotismo por la fuerte constitución de grupos privilegiados; la clase media doctrinaria pretendió realizar un gobierno constitucional

á la inglesa, inspirándose en los capítulos de Montesquieu sobre las instituciones insulares y los republicanos y hasta los terroristas encontraron en sus doctrinas apoyo, sobre todo en su libro sobre Roma. Fuera de Francia, es evidente que en la constitución de los Estados Unidos influyó su *Espíritu*, casi tanto como los comentarios de Blackstone á la constitución inglesa, para formular las reglas del gobierno libre en que los anglo-americanos por su dicha estaban educados; la división estricta de los poderes, la realización de la democracia en pequeñas naciones y de la república en la confederación de ellas, son formas inspiradas, tanto en las necesidades de aquel organismo nuevo, como en las ideas del gran pensador francés. A su lado Voltaire, en su "Ensayo sobre las costumbres," parece débil; sin embargo, la obra está admirablemente escrita, las informaciones en que funda su filosofía de la historia, son vastísimas y su designio capital de desterrar de la historia toda acción sobrenatural es característico.—En Inglaterra la historia directa se escribe ya científicamente y con espíritu profundamente crítico por Hume, el gran filósofo escéptico, y por Gibbon, el admirable autor del "Imperio Romano," obra gigantesca en que domina el buen sentido racionalista que limpia la historia de todas sus inconsecuencias, mostrando la lógica inflexible que preside á los acontecimientos, pero, por desgracia, nivelándolos hasta hacerles perder su relieve y su vida. Otro gran pensador, que la vida activa arrebató á la especulación científica, fué Turgot; en sus célebres disertaciones trazó el itinerario de la evolución humana con un acierto sorprendente; Comte le tomó la ley de los tres estados (teológico, metafísico y científico) por que atraviesa todo desenvolvimiento social. Al fin, Mirabeau, en su obra sobre Prusia, mostró algunas ideas políticas verdaderamente geniales, y después de otros, Condorcet, profetizó el progreso indefinido con la cabeza ya lista para la guillotina de que lo libró el suicidio.

Otra rama de las ciencias morales que entonces se mostró ya fuerte y llena de savia, fué la *Economía*. Tiempo hacía que preparaba sus elementos; los griegos de la escuela de Sócrates habían definido su objeto y habían estudiado no pocos de sus problemas (Jenofonte, Aristóteles); durante toda la Edad Media se lucubró sobre cuestiones íntimamente ligadas con la naturaleza de las riquezas; en el siglo XVII, Vauban, entre otros, tiene derecho á ser considerado como uno de los precursores; mas fué en el siglo XVIII cuando los trabajos de los fisiócratas, desde Quesnay hasta Condorcet, organizaron la *económica*, haciéndole abarcar toda la ciencia social, pero fundándola sobre esta base estrecha: la tierra considerada como la única fuente de verdadera riqueza. Entre ellos figura Turgot, con ideas tan liberales, tan exactas, tan previsoras, que hay que preguntarse qué cosa ignoraba en esta materia, aun desde el punto de vista actual de la ciencia. Mas el que fundó, en toda la fuerza de la expresión, la economía política, fué Adam Smith, porque limitó su objeto circunscribiéndola al estudio de los fenómenos en conexión inmediata con la evolución de la riqueza; le dió una base más amplia considerando la riqueza

como originada por el trabajo y formuló la admirable ley de la división del trabajo.

En la ciencia del derecho las señales de la transformación eran claras; también obedecía al espíritu clásico, también tendía, bajo el nivel de la razón, á uniformarlo todo y en este espíritu había escrito Domat su obra en el siglo XVII, el siglo de la uniformidad; es verdad que en los Estados generales el *tiers état* había constantemente reclamado una *costumbre única* y es verdad que éste era el espíritu romanista en que todos los legistas se habían educado siglos hacía. Los trabajos de Domat, de D'Aguesseau, de Pothier, son las verdaderas fuentes del derecho civil francés, reducido á un código solo por la Revolución y copiado más ó menos directamente por la gran mayoría de los pueblos modernos. Con razón decía uno de los redactores del *Código Napoleón*: los códigos se hacen con el tiempo y, propiamente hablando, no se los hace (Portalis).—Otro gran departamento de la ciencia jurídica se abrió definitivamente: el derecho internacional. Las relaciones de dos estados que se reconocían mutuamente independientes lo habían creado; los romanos le dedicaban, considerado bajo este aspecto, un colegio y ritos especiales (los feciales) mientras los pretores daban el nombre de *jus gentium* á un derecho más análogo á lo que se llamó después derecho natural. Los canonistas y los civilistas se ocupaban en discernir durante los tiempos medios los derechos de la guerra y los de la paz; un español, Francisco Suárez, los definió tan claramente, que puede considerarse como el verdadero precursor de Grocio; éste fundó la ciencia sobre el derecho natural en parte y en parte sobre las costumbres comunes de los pueblos cultos y publicó en la primera mitad del siglo XVII su obra inmortal; en la segunda apareció, como una reacción contra el grocismo, la obra de Pufendorf, un noble propagador de las doctrinas de libertad y tolerancia, que consideraba el derecho de gentes como una parte del derecho natural. Así se dividió en dos escuelas la ciencia; en pleno siglo XVIII, Vattel, siguiendo á Wolf, dió á la ciencia su disciplina positiva, emancipándola totalmente del derecho natural.—Entretanto en el derecho penal hacía una revolución un discípulo italiano de Montesquieu, Beccaria, condenando la tortura y la muerte y fundando la teoría de la proporcionalidad de la pena. Al morir el siglo, un gran pensador inglés trataba de reducir todas las ciencias morales á un sistema, es decir, á una teoría que sirviese de fundamento á reglas prácticas, era Jeremías Bentham; su doctrina, fundada sobre el mayor placer del mayor número, recibió el nombre de utilitarismo; la introducción á su obra inmensa corrió de mano en mano con el nombre de "Principios de legislación" y esta tentativa de coordinación abría el camino á la futura sociología de que eran elementos la historia, la economía, la política y el derecho.

La Filosofía.—Mientras la familia filosófica contaba en Inglaterra con sensualistas como Locke, con escépticos como Hume y con idealistas como Berkeley, que negaba la realidad de los fenómenos objetivos, mientras en Alemania Kant fundaba la filosofía moderna combatiendo el idealismo de Berkeley,

el empirismo escéptico de Hume y el materialismo, afirmando, sin embargo, que toda verdad viene de la experiencia, aunque acentuando su disidencia de la escuela sensualista en el análisis de esa experiencia; en Francia la especulación filosófica pura estaba representada por el pedante sensualismo de Condillac que exageraba la famosa tesis de Locke, que ya había corregido hábilmente Leibniz: nada existe en el intelecto que no haya pasado por los sentidos, dijo el primero; á no ser el intelecto mismo, añadió con razón el segundo. Es verdad que hubo doctores en materialismo brutal y crudo, con sus ribetes de sentimentalismo y filantropía, como el de Helvecio y Holbach ó el no menos cínico, pero excesivamente vigoroso de Lametrie, el antecesor de todos, que introdujo en Francia, atrasadísima en materia de medicina, los estudios de Boerhave y de Sydenham y pretendió demostrar que el alma era el principio vital del cuerpo, y material, puesto que era capaz de sensaciones. Mas el espíritu filosófico de aquella época fué eminentemente enemigo de sistemas metafísicos, fué una filosofía en acción, consagrada con ardor maravilloso al análisis, al exámen, á la crítica, á la demolición del pasado. El monumento gigantesco levantado á esta obra que todo lo tocó para romperlo, fué la *Enciclopedia*; millares de libros gravitaron en torno de este repertorio asombroso del conocimiento humano, destinado sobre todo á poner la iglesia de la duda y la negación frente á la iglesia cristiana. Dentro y fuera de este edificio, Voltaire dirigió, sin darse un instante tregua, á una legión de pensadores ó escritores que barrieron á fuerza de ingenio, de razón y de burla todas las supersticiones (la religión era para ellos una de tantas), dejando en un campo inmenso de ruinas otra superstición mayor que todas las destruídas, la de la omnipotencia de la razón.

Este fué el error capital; embriagados por los triunfos de la ciencia, no sólo los pensadores, sino la masa ilustrada en toda su escala, creyó que era necesario, para probar la bondad de todo, religión, instituciones, costumbres, someter todo al análisis especulativo de la razón pura y como esta razón se movía en las generalidades y abstracciones, funciones mentales para las que el espíritu clásico era sólo apto, todo resultó malo: las tradiciones, las preocupaciones, los instintos populares, que eran en suma productos de la experiencia de los siglos, exactamente lo mismo que la ciencia, aparecieron como lastimosos errores, como cantidades deseadables; era preciso extirparlo todo, en nombre de la razón abstracta; de aquí la idea de la demolición absoluta para construir un mundo conforme al ideal; la religión se reducía á un deísmo y tal como lo profesaba Voltaire, se tornaba medida de policía, y Dios en gendarme; el gobierno convertido en la soberanía del individuo, que en grupo y por juxtaposición constituye la soberanía popular, tal como la enseñaba Rousseau, era en su quinta esencia el dogma social; dogma decimos, porque los nuevos creyentes, como los antiguos, predicaban la tolerancia en materia religiosa, mas la intolerancia en materia de razón, porque era infalible.—Toda la sociedad estaba imbuida en estas ideas y como el absolutismo se había carcomido y de-

molido á sí mismo, no en sus cimientos, pero sí en todo el edificio superficial, la resistencia á aquella formidable oleada intelectual era nula; la marea creció, invadió las ruinas, arremolinándose y rugiendo entre los escombros; subió más y lo tragó todo.

BIBLIOGRAFÍA.—*Taine*, el Antiguo régimen; este admirable libro ha sido nuestro guía principal; *Oncken*, Federico y su siglo; *Faguet*, el Siglo XVIII; *Sorel*, Montesquieu; *Lange*, Historia del Materialismo; *Hofer*, Historia de las Ciencias; *Viollet*, Historia del derecho; *Holtzendorf*, Derecho de gentes; *Block*, Historia de la Economía; *Rimbaud*, Civilización francesa.

3. La sociedad europea estaba, en todas partes, enferma de una de esas enfermedades que terminan en crisis violentas; en todas partes el trono era un foco de infección moral; en Inglaterra los reyes de la casa de Hanover habían dado ejemplo de depravadas costumbres, la sociedad superior los seguía y las memorias del tiempo pintan el desfreno de aquella aristocracia y de aquellos parlamentos, que se vendían al mejor postor; en España apuntaba el advenimiento de la corte de Carlos IV, en que la esposa era María Luisa, una impura, el favorito, Godoy, un aventurero sin pudor, y el heredero del trono el mal hijo, el peor español y el pésimo rey que debía llamarse Fernando VII; y toda aquella pintoresca sociedad, cuyos tipos se ha encargado de reproducir el maravilloso pincel de Goya, vivía de desorden y de pecado, sin dejar de ser devota y reflejándose en las corrompidas cortes de los virreyes americanos, como Branciforte é Iturrigaray. En Francia el rey era bueno, pero profundamente débil, sujeto á una incurable inercia moral; la reina fué, en suma, honrada y pura, pero antes de la transfiguración del martirio, daba ejemplo de derroche y desorden, en las horas supremas del hambre popular y del naufragio financiero, y de frivolidad y ligereza, en el momento en que un pueblo famélico y rugiente fijaba ya sus ojos inyectados en el trono y el altar, que no habían podido ni hacerlo feliz ni darle pan y á quienes iba á pedir cuenta de su destino.—Y, sin embargo, uno de eos abates de corte que por centenares pululaban, risueños, perfumados y lascivos, en derredor de aquellas damas, cuyo supremo fin era el monumental tocado, el traje inflado como un mongolfier y el colorete y las moscas pintadas en el rostro, el abate de Perigord (luego obispo de Autun y después el personaje más alto de la diplomacia europea con el nombre de Talleyrand) decía, que quien no habla vivido entonces, no conocía la dulzura de vivir. Y es que la inteligencia y el placer se habían unido

en delicioso consorcio en los salones de París "centro y cerebro y corazón del mundo," según decían los franceses, que por eso pronto pretendieron legislar para el género humano. Ciencia, política, religión, literatura, arte, todo, al pasar por el tamíz de la conversación de aquella sociedad refinadísima, se convertía en un impalpable polvo de oro: el *esprit*. En casa de la reina ó del príncipe de Orleans ó de algunas duquesas encantadoras ó del materialista Holbach ó más abajo, en los salones burgueses ó en los cafés, se conversaba sin cesar sobre todo, todo se criticaba, todo se desmenuzaba y pulverizaba; el respeto á la monarquía, la veneración por el culto, ahí quedaban reducidos á átomos que se perdían en la atmósfera. Un día aquella sociedad se puso á reír, del rey al último lacayo, de una comedia de Beaumarchais, que era la más graciosa condenación á muerte del antiguo régimen y aquel acceso de risa convulsiva no cesó hasta que tronó en los escaños de una asamblea de hombres sombríos la gran voz del ángel exterminador, la voz de Mirabeau.—En Inglaterra la regeneración brotó del fondo de la índole germánica de la raza, fondo melancólico y ávido de la emoción del infinito, y fué una obra religiosa, la obra de Wesley y los metodistas. En Francia la regeneración parecía que había tocado su hora en el reloj de Rousseau y se llamó la filantropía, la religión de la naturaleza y la humanidad; la vida pastoral fué una pasión; la reina daba el ejemplo en su casa rústica de Trianon; las grandes damas se empeñaron en ser nodrizas de sus hijos (cosa inverosímil), los nobles socorrieron á los pobres, todos lloraron por la suerte de los negros; una ráfaga intensa y voluptuosa de sentimentalismo derritió los corazones en un fluido de amor y de poesía artificial y penetrante. Entonces los nobles iban acaudillados por Lafayette á luchar por la emancipación americana; los afectos de familia tomaron un tinte extraño y gracioso, y el sentimiento, como una flor de invernadero, brotó frágil y espléndida al calor de la caridad mundana, encendido por la palabra de Juan Jacobo. Era la época en que Voltaire bendecía al hijo de Franklin con las palabras "Dios y Libertad" y en que, ya anciano y moribundo, era aclamado rey del mundo de la inteligencia y del arte, por el pueblo de París, en medio de ovación prodigiosa. Voltaire y los suyos, habían demolido un edificio secular, pero habían hecho respirar al mundo un espíritu divino, el de la tolerancia, el del horror á los tormentos, á la persecución, al odio contra los que, dirigidos por su conciencia, pensaban ó creían de diferente modo que los demás; éste

será su título eterno á la veneración de la posteridad. ¿Qué esperaba aquella sociedad? Un mundo nuevo, un Mesías, una transformación. Entretanto se moría, bailando, apasionada de un modo indecible por la música y el teatro, y leyendo novelas sentimentales y ardientes. "De donde quiera, en los momentos en que aquella sociedad agonizaba, dice Taine, una dulzura afectuosa, viene, como un tibio y húmedo soplo de otoño á fundir aquellos caracteres y á envolver en un perfume de flores moribundas las elegancias de sus postreros instantes."

4. El reinado del casto y honrado Luis XVI llegaba á las horas críticas de su existencia. Comenzó á ser rey en 1774, á los veinte años; la devoción, la cerrajería y la caza, eran sus pasiones; después, la gentil y voluntariosa María Antonieta fué su dueña, mas este despotismo conyugal pudo obligar á Luis á toda suerte de despilfarros y debilidades, jamás á algo que considerase contrario á los grandes intereses del reino, jamás, p. e., á subalternarse al Austria, que era lo que la reina, inspirada por su inquieto y ambicioso hermano José II, hubiera deseado.—Comenzó el rey por una muestra de debilidad, no nombrando, sino dejando que en una entrevista, M. de Maurepas, un frívolo ministro de su abuelo, se declarase su primer ministro; mas otro acto excelente rescató esta falta, el nombramiento de Turgot. Al encargarse de la Inspección general de las finanzas, el insigne estadista, para corresponder al designio del soberano, que lo había nombrado acatando la opinión que ya era un soberano también, quiso reducir á la práctica la aspiración unánime, pero vaga, de reforma; y esa reforma tenía que ser ante todo financiera; era preciso dejar á quince millones de hombres sin pan, ganar su pan en paz; una contribución general, sin excepciones; la abolición de las aduanas interiores, es decir, la libertad del comercio; la supresión de los gremios ó corporaciones industriales privilegiadas, es decir, la libertad del trabajo, estas fueron las reformas culminantes; mas los reformistas teóricos pusieron el grito en el cielo; todos los privilegiados nivelados por el impuesto, clamaron; el pueblo engañado se lanzó al motín, saqueando los depósitos de harinas; y el rey, asediado por las quejas de la Corte, despidió á Turgot. "Ojalá que el tiempo no me justifique," le escribió al despedirse el ilustre republicano.

Un banquero protestante, de origen suizo, Necker, que tenia en París su casa principal, una reputación universal de habilidad y honradez y una hija, la futura Mad. de Stael, de precoz y seductora inteli-

gencia, en derredor de la cual se reunía toda la flor y nata del partido reformista, fué impuesto por la opinión de los salones intelectuales á Luis XVI. Necker abandonó las reformas de Turgot (era inútil luchar con los apetitos insaciables de la Corte) y haciendo uso diestro del crédito, encontró dinero para sostener los enormes gastos de la guerra de alianza con los insurgentes de los Estados Unidos; los marinos franceses, Suffren en el Océano índico, Vaudreuil en el Senegal, D'Estaing en el mar de las Antillas, borraban el oprobio de la guerra de siete años, mientras los nobles militaban á las órdenes del ciudadano Jorge Washington, y Beaumarchais, el autor de Fígaro, encontraba millones y armas para auxiliar á la naciente república. Enorme había sido el gasto y Necker había querido hacer públicas las cueñas del tesoro; inusitada y escandalosa muestra de probidad financiera; el rey aprobaba, la Corte no y Necker dejó su puesto (1781).

Entonces vino la reacción; un bribón proyectista llamado Calonne, se encargó de encontrar los millones para la voracidad creciente de la Corte, exprimiendo el crédito; el rey, para hacer frente á la marea reformista, quiso devolver su importancia á las clases privilegiadas y formar con ellas un dique entre la ambición del Estado llano, la irritación del pueblo y el trono. Los privilegiados, reunidos en "Asamblea de notables" (1787), tenían que examinar las condiciones en que el nuevo pacto entre las altas clases y el monarca debía celebrarse; admitieron la creación de Asambleas provinciales, mas no la igualdad ante el impuesto, y cayó el ministro que ya no tenía dinero que dar á los cortesanos. Otro ministro fué impotente en su lucha contra el Parlamento, y el rey, alarmado profundamente por la agitación de las provincias, llamó á Necker en 1788.—El momento era supremo; el pueblo francés, en rebelión constante por la miseria y por el hambre, no se dejaba gobernar; las limosnas de la nobleza, del clero y de los ricos, caían sobre aquella desgracia acumulada durante un siglo, como gotas de agua sobre el hierro en fusión; las cosechas habían sido malísimas, la carestía inaudita, el frío espantoso; los que comían pan, entre las clases necesitadas, casi se envenenaban con él; las principales ciudades parecían plazas sitiadas por hambre; el pillaje y el saqueo eran cotidianos; legiones de bandidos eran los dueños nocturnos de París y las grandes poblaciones; millares de individuos vagaban como lobos hambrientos en torno de ellas, ejército perenne de la asonada y el motín, ó se refugiaban en los bosques y disputaban la caza á los nobles,

fusil en mano.—En las asambleas de parroquia, de donde salían las asambleas provinciales, y formulando las quejas de la localidad, el pueblo toma conciencia de sí mismo: empieza á brillar la esperanza; él mismo buscará el remedio, confiando á mandatarios de su confianza el poder de recetar. Por fin la monarquía se declara impotente para administrar y llama en su socorro á la nación; los Estados generales, al cabo de siglo y medio de silencio, tornan á ser convocados y se le da una representación doble al Estado llano, "porque su causa está ligada á los sentimientos generosos y tendrá siempre en su favor á la opinión pública." El rey quiere aliviar las miserias del pueblo; bendito sea, clamaba el pueblo; pero como el hambre no se espera, era preciso, para secundar al rey, obligar al mercader á vender su trigo barato; y pronto, inmediatamente. ¿No? La insurrección torna con más furia; las autoridades no la pueden contener y la anarquía espontánea se enseñoorea de la Francia entera. El prólogo del drama había concluido; después de un borrascoso período electoral, los Estados generales se reunieron en Versalles en Mayo de 1789.

BIBLIOGRAFÍA.—*Michelet; Daresté*, Historias de Francia.—*Taine, Tocqueville*, el Antiguo régimen; *Taine*, la Revolución.

Observaciones generales.

1. La constitución definitiva de las nacionalidades había absorbido toda la energía de renovación que el Renacimiento y la Reforma habían producido en el siglo XVI. 2. La organización del absolutismo en Francia había, ya lo hemos visto, impedido á las entidades germánicas del Continente una unificación mayor que la puramente facticia del Imperio, cuyos jefes, sin liga ya posible con España, que se había tornado en satélite de Francia, no llegaban á combinar los heterogéneos grupos que componían el patrimonio austriaco, lo que los colocaba en la imposibilidad de gobernar las cuestiones europeas. 3. Gracias á esta secreta impotencia, la casa de Borbón y la de Savoya se distribuyeron buena parte de Italia, y los Hohenzollern formaron, al N. de Alemania, una nación que en la segunda mitad del siglo hizo contrapeso al Imperio; gracias á esa impotencia un hacinamiento de

hordas, de tribus y de castas, apenas desprendido del limo asiático, poder formidable aunque de indeterminados contornos, se pone en contacto violento con el mundo europeo y acudillado por su *tsar* luminoso y sangriento, atrofia al reino medio-eval de Polonia, en espera de reparárselo á pedazos con sus voraces vecinos (acto de canibalismo internacional) arrebatada á los turcos las desembocaduras de los ríos rusos en el Mar Negro, y al abrir camino á la cultura europea en el gran respiradero del Báltico, ahoga para siempre el poder militar escandinavo. 4. Mientras así cambiaba el mapa de la Europa trasalpina, la Gran Bretaña, nación de límites precisos desde los tiempos medios, engendra una hija vigorosa en América, que pronto se emancipa, y se desposa con el progreso. En su interior y, al par de su exclusivista oligarquía rural constituida en pleno siglo XVIII, incubada al calor de los hornos de las grandes industrias, hijas de la ciencia, una población, una Inglaterra nueva, de donde arranca la acción real de la democracia, y estos dos elementos comenzarán esa serie admirable de transacciones y modificaciones que retirarán á más allá del siglo actual la disolución de la oligarquía. Esta evolución nunca llegará á acaecerse tanto, hasta hoy al menos, que pueda trocarse en revolución; que esta no es más que una evolución desbocada. 5. Esto si sucedió en Francia; el absolutismo, ansioso de deshacer sus límites y de transformar la unidad en uniformidad, cambió, ya lo sabemos, la oligarquía feudal en domesticidad rigurosamente reglamentada y espléndidamente pagada, y al mismo tiempo privó al poder eclesiástico del carácter de servicio público libre, si no independiente, que había tenido. De lo que resultó una nación nivelada en masa á los pies de un amo. 6. Pero este amo lo despillará todo, primero en la guerra y luego en el plagar, y el desorden agotó las fuerzas vivas de una nación de instinto económico maravilloso. Entonces el absolutismo empezó, por su propia virtud, á ser lo contrario de un gobierno, á no poder garantizar nada, á no poder ordenar nada. Los gobernados, obligados á cuidarse á sí mismos, se van poniendo de pie, examinan, calculan, piensan. 7. Los progresos intelectuales del siglo que vió crecer prodigiosamente el tesoro de la ciencia y comprendió su inmensurable poder de renovación industrial, y el espíritu clásico, eminentemente generalizador y deductivo, convergen en todas las conciencias ilustradas de los europeos y encienden en ellas la idea de que nada hay legítimo que no esté conforme con la razón pura, que nada en la religión, en las instituciones, en las

costumbres, que no esté conforme con esa razón pura, tiene derecho á subsistir, y, dando de mano las tradiciones históricas, todos se alistan para practicar esta rectificación gigantesca. 8. Si en Francia esta *rectificación* fué una *revolución*, se debió principalmente á dos grandes causas: 1.º al carácter nacional que impulsa á aquel gran pueblo, con batalladora furia, á procurar la realización instantánea del ideal concebido; 2.º á la impotencia incurable del absolutismo para reparar los males que había causado, para resistir á las exigencias de la opinión de los salones, que en el mundo de las ideas lo habían disuelto todo y pretendían rehacerlo todo, y para reducir al orden al pueblo entero, disciplinando por el hambre y la desesperación y enajenado por los ensueños de inmediata ventura que los ilusos de la filosofía prometían en sus panaceas literarias. De aquí el vértigo. 9. Así se explica por qué la Revolución francesa amalgamó por tal extremo, que aún hoy es difícil hacer el *apartado*, la justicia y la iniquidad, la verdad y el error, el patriotismo y la traición, lo sublime y lo atroz, los derechos del hombre y la guillotina, la vida y la muerte.

LA REVOLUCION FRANCESA.

(1789-1799).

Subdivisiones: La nación Soberana.—La nación armada, la República, La Convención.—El Directorio.

LA NACION SOBERANA.

(1789-1791).

1. Los Estados generales.—2. La Asamblea Nacional y la Constituyente.

1. Una procesion fastuosísima en que la Corte, la nobleza y el alto clero lucian sus espléndidos arreos y el *tiers état* se presentó austera-mente vestido de negro, una sesión presidida por el rey en toda su magnificencia, inauguraron en Versalles los Estados generales. Un simple hecho puso de resalto la inmensa transformación verificada en